

## Padre é hijo.

Algo espantoso debía pasar en el alma de Fernando en aquel momento supremo, á juzgar por lo demudado de su semblante y lo trémulo de sus manos que en ademan de súplica se elevaban hacia el señor Gonzaga. Este le contemplaba con aspecto severo é indignado, y su cólera contenida por la presencia de Paco, se hallaba á punto de estallar.

El Zurdo, que hubiera querido encontrarse á muchas leguas de distancia de Cádiz, ó á millares de pies debajo de la tierra, aplicaba con mano temblorosa á la frente de Mário los lienzos empapados que habia prescrito el Doctor; y procuraba hacer notar lo ménos posible su presencia.

La situacion era tirante, y no podia durar mucho tiempo. Pasados algunos instantes, el señor Gonzaga hizo á Fernando una señal imperiosa para que se pusiera en pié y le dijo secamente:

—Sígueme.

Su hijo no pronunció una sola palabra, y con mansedumbre de cordero, que contrastaba singularmente con la altivez y ferocidad de carácter de que le hemos visto hacer ostentacion en su conferencia con Marietta, se levantó del suelo y obedeció la orden del señor Gonzaga.

Es digno de observarse que los hombres, miéntras mas altivos se muestran hácia los séres débiles, tanto mas sumisos y obedientes son para los que ejercen sobre ellos alguna autoridad, llegando alguna vez su obediencia y sumision hasta la bajeza.

Cualquiera pensaria al ver á Fernando temblar como un niño ante aquel anciano respetable y obedecer sin réplica á sus menores insinuaciones, que era un buen hijo y que debia, por lo mismo, ser una buena persona. Nuestros lectores y nosotros tenemos poderosos motivos para no participar de esa opinion, y en cuanto á la sumision, loable en apariencia, que manifestaba á su padre, el diálogo que entre ambos va á tener lugar nos indicará lo que debemos pensar de ella.

El señor Gonzaga bajó apresuradamente la escalera, seguido de su hijo, y abriendo una puerta que en el corredor del segundo piso se encontraba, se volvió á Fernando, y con el mismo tono de que hizo uso para pronunciar las dos únicas palabras que le habia dirigido á su hijo desde su repentina aparicion en el cuarto donde yacia el pobre Mário, le dijo:

—Entra.

Fernando pasó delante de su padre sin replicar una sola palabra, y el señor Gonzaga entró despues que él á la habitación y cerró con llave la puerta.

Luego tomó asiento en un viejo sillón forrado de marroquí negro, y fijó sus irritados ojos en Fernando, que en pié, y con la cabeza inclinada, parecia delante de su padre un reo ante su juez.

La escena se abria de una manera imponente.



El señor Gonzaga, despues de dirigir á su hijo una mirada profunda é investigadora que parecia querer penetrar hasta lo mas hondo del alma de Fernando, rompió el silencio con estas palabras:

—Si en el momento en que oí tu primer grito al nacer, grito que hizo latir mi corazon, se me hubiera dicho que algun dia habias de llegar á ser tan profundamente malvado que despues de seducir á una pobre mujer, de abandonarla á su deshonra echando mano de un indigno subterfugio, le habias de arrancar á su hijo para que nunca le pudiera convertir en una arma contra tí é hiciera fracasar tus proyectos ambiciosos, te habria yo ahogado con mis propias manos.

—Pero, padre mio.....

—No trates de engañarme; todo lo sé; me costaba trabajo creerlo; pero la presencia de ese niño en tu cuarto, aquí, en mi propia casa, ha desvanecido todas mis dudas. Has sido un infame seduciendo á una pobre niña que no tenia mas patrimonio que su virtud; un hombre sin corazon abandonándola al saber que iba á ser madre por tu causa; un mónstruo arrebatándole á su hijo que era el único que podia consolarla en su dolor y en su abandono. ¿Que tienes que responder en tu favor? Habla, discúlpate.

Fernando no sabia que contestar. Su asombro al ver que su padre estaba tan bien informado era extraordinario. En el semblante severo del anciano se leia la indignacion que producía en su alma el conocimiento de los crímenes, que no faltas podían llamarse, de su hijo. Negar era inútil; los informes, por ciertos y pormenorizados, debian reconocer una fuente segura, auténtica, y una mentira habria hecho crecer hasta lo inaudito la indignacion del señor Gonzaga. El seductor de Marietta comprendió que no le quedaba otro recurso que el de la súplica para ablandar á su padre, que á juzgar por el tono y la ac-

titud de juez severo que habia tomado, le reservaba sin duda un tremendo castigo que era preciso conjurar.

—Padre,—dijo al fin—comprendo la indignacion de usted y el desprecio que debo inspirarle; pero á ningun reo, por criminal que sea, puede condenársele sin oírle. Muchas veces he oído á usted decir que es preciso no ser implacable para los errores de la juventud.

—¡Errores!—interrumpió el señor Gonzaga—¡error llamas tú á robar á un niño, á asesinar á una madre, que á tanto equivale arrebatarle á su hijo! Errores son esos que la justicia humana castiga con la muerte de quien incurre en ellos.

—No extrañe usted, padre, que le conteste con sus propias palabras; los consejos de usted y sus máximas están profundamente grabados en mi corazon. Varias veces me ha repetido usted que debe uno guardarse de cometer la primera falta, porque esta es como el primer paso que se da en una pendiente resbaladiza; una vez empeñado se rueda hasta el abismo.

—¡Desgraciado! ¿Por qué recuerdas mis advertencias para disculparte y no las tuviste presentes ántes de dar ese primer paso de que tanto nos debemos guardar?

—Padre, la vista de una mujer encantadora produjo en mi alma sensaciones gratísimas que hasta entónces me eran desconocidas; enloquecido por mi amor cedí á la pasion que devoraba mi pecho y ofuscaba mis sentidos, y cometí el primer crimen; abusé del candor y de la inocencia de la vírgen; del abandono y de la confianza de la amada. ¡Perdon, padre mio!

—Pero esa falta era reparable, Fernando; la mano y el nombre de un hombre honrado habrian convertido á la mujer seducida en la venerada madre de familia. ¿Por qué no reparaste una falta que si fué inspirada por el amor te habria sido tan grato enmendar? ¿Por qué uniendo la mentira al crimen dijiste á aquella pobre jóven que eternos é indisolubles lazos te unian á otra mujer? Al mismo tiempo que dabas un pretexto á tu



conducta infame desgarrabas su alma. Tal acción, Fernando, es indigna de quien lleva un nombre sin mancha como el nuestro.

—Ese nombre, padre mio, es mi disculpa. ¿Había yo de darle á una oscura muchacha del pueblo, á la hija de un tejedor? ¿Esta alianza, habría satisfecho las justas aspiraciones de usted, habría contentado el legítimo orgullo de nuestra familia?

—¡Calla, miserable!—contestó el señor Gonzaga cuyos ojos chispeaban de cólera.—¿Crees que pueda haber otra diferencia entre los hombres, que la que constituyen las virtudes y los vicios? ¿De qué sirve que el nombre que llevas, y del que tan ufano te muestras, haya sido honrado por el crédito y la probidad de tus antepasados, si tú no sigues su misma senda, si tú le arrastras por el lodo, y olvidándole para cometer una falta te acuerdas de él como de un pretexto para no repararla?

La salida del señor Gonzaga desconcertó á Fernando que no supo que responder. Su padre continuó:

—Y luego, ¿para qué arrebatarle á su hijo? Era el fruto de una debilidad; el testimonio acusador de una falta; pero era también el hijo de sus entrañas, lo más valioso que hay para una verdadera madre; y perdonada por la sociedad en que vivía, la pobre mujer era dichosa contemplando á ese niño, viviendo para él y sin soñar siquiera que pudiera serle arrebatado.

Fernando parecía conmovido; el acento de su padre, de indignado y severo que fué al comenzar esta difícil explicación, se había dulcificado al pronunciar las últimas palabras, como si el honrado viejo se hubiera enternecido con la idea de esa felicidad suprema de Marietta, destruida en un momento.

—Todavía es tiempo—continuó el señor Gonzaga—si no de reparar el mal, porque nadie puede hacer que las lágrimas vertidas hayan dejado de brotar de los ojos y de lastimar el corazón, sí de evitar que continúe devorando la desventura á esa pobre mujer, y que la ausencia de su hijo le cueste la vida. Si algo tienes aun de hombre honrado, si en efecto eres mi hi-

jo, si quieres que yo siga tratándote como tal y heredar mi nombre y mi fortuna, vuelve á Italia, tranquiliza á esa pobre madre sobre la salud y la suerte de su hijo, y hazla tu esposa.

—¡Pero y Julia, padre mio?

—¡Julia!—volvió á decir con extraordinaria indignación el señor Gonzaga—¿Crees que yo me haría cómplice tuyo autorizando tu enlace con ese ángel, cuando sé que á algunas leguas de aquí hay una honra que tienes que reparar, una mujer á quien solo tú puedes volverle el reposo y conservarle la existencia? Antes, esa unión era mi sueño dorado; desde que conozco tus hechos no debo pensar mas en ella. El padre de Julia y yo habíamos ajustado ese matrimonio; con él te aseguraba la mujer más hermosa y llena de virtudes de Cádiz y el primer capital de la plaza; pero ahora el deber es primero. Ve á Italia y cúmplele, ó reniega de tu padre y de tu nombre.

—Iré, padre—contestó Fernando, á quien hacia más dócil que nunca la idea de que podía hacerle perder la inmensa fortuna del señor Gonzaga el deseo de asegurar la de Julia, la primera heredera de Cádiz, como acabamos de oír, y con quien estaba ajustado su matrimonio. Ya hemos visto que porque no hubiera rémoras para ese enlace, su avidez le había hecho cometer el crimen inútil de arrebatar á Marietta su hijo.